

# Presentación de la historia extensa de Colombia

Escribe: ABEL CRUZ SANTOS

“El pasado es un hecho cumplido, que nada podrá modificar; pero el conocimiento del pasado va en constante progreso y se modifica sin cesar”, ha escrito un historiador francés contemporáneo. Podría deducir de este planteamiento que la historia nunca se acabará de escribir. Y, a la verdad es ese el más bello de sus atractivos. Arnold Toynbee, el gran filósofo de la historia en nuestro siglo advierte: “Sin el aguijón de la curiosidad, no es posible ser historiador”. Y sugiere a los estudiosos del pretérito que se hagan, con frecuencia, esta pregunta: “¿Cómo esto derivó de aquello?”.

Se ha dicho de la historia que es la más difícil de todas las ciencias. Porque está sometida a un proceso de continuas revaluaciones, a medida que descubrimos científicos y nuevos elementos de juicio se encargan de infirmar conceptos que, tenidos por verídicos, se han transmitido de una a otra generación. Pero se ha expresado, también, la opinión contraria: la historia no es ciencia, es arte. Y hasta se le ha asignado lugar prominente entre las nueve musas del parnaso.

Se la ha definido como el estudio del pasado. Definición un tanto vaga que nada precisa. Que se trata de complementar con el elemento humano, con sus ideas, ambiciones, triunfos y fracasos. Asociando tales conceptos, podríamos aproximarnos a la realidad, con esta síntesis: **La historia es la ciencia del pasado y del hombre en el tiempo.**

Es el hombre social la materia prima de la historia, que es narración de hechos excepcionales, que han influido decisivamente en la vida de las naciones en el devenir de los años.

Pero el estudio del hombre y de sus realizaciones no sería integral si no lo relacionáramos con el medio físico y social en que le ha correspondido actuar. Si no estudiáramos la organización política y económica de su país; las preocupaciones y problemas que predominaban en su época. Ya que al decir de un proverbio árabe “los hombres se parecen mucho más a su tiempo que a sus padres”.

Podría clasificarse el moderno historiador en dos especializaciones que se complementan: el investigador y el intérprete. Le corresponde al primero



escrutar los archivos, consultar viejos infolios, leer incunables y someter a riguroso análisis los testimonios de personas desaparecidas, dignas de fé.

Pero ese aporte documental, si bien indispensable, es apenas punto de partida. Porque, unas veces, dice solo parte de la verdad o suscita dudas y contradicciones; si es que no resulta definitivamente falso. Y cuando esos documentos se vierten de un idioma a otro, se prestan, con frecuencia, a la deformación. Para hacerles decir lo que un determinado interés pretende que se diga.

Los testimonios de las personas originan, casi siempre, interpretaciones diversas. Frente a un testimonio se opone, por lo general, otro contrario. Solo mediante una interpretación sagaz y desprevenida podrá el historiador decidirse por el que considere más conforme con la realidad, y con los antecedentes del hecho y de la persona que se estudian. Como testimonios se utilizan las cartas, los diarios y las memorias. En la vida literaria, especialmente, abundan esa clase de libros cuya lectura es tan amena como interesante. Los *Souvenirs de la jeneuse et de l'enfance*, de Renan; los *Diarios íntimos*, de Amiel y de los hermanos Goncourt, son modelos en su género. Y en nuestro mundo colombiano ¿cómo no mencionar *De mi vida y otras vidas*, ese libro de Baldomero Sanín Cano, en el cual el odioso yo, casi se esfuma, gracias a la pericia y al buen gusto del narrador?

Pero, en cambio, se han publicado epistolarios y memorias, de carácter político o militar, que el historiador debe leer con natural cautela. Porque son testimonios unilaterales; que exhiben, a veces, el desdoblamiento de la personalidad; o que se han elaborado cuidadosamente, en función de ataque o de defensa. Con sobra de razón pudo decir un ilustre colombiano al periodista que le sugirió publicar sus memorias: "No tengo ningún enemigo de quien vengarme; de unos me ha salvado la muerte; de otros me vengará la vida"...

No es, pues, nada fácil la tarea que, voluntariamente, se impone el verdadero historiador al proyectar el pasado sobre la realidad del presente. Marc Bloch, aquel admirable profesor de historia, tristemente sacrificado en la última guerra, en un campo de concentración, anotó en su breviario: "La incompreensión del presente nace fatalmente de la ignorancia del pasado; pero no es, quizás, menos vano esforzarse por comprender el pasado si no se sabe nada del presente". Solo el hombre que vive la realidad de su tiempo, arraigado a su tierra, puede adentrarse en la nebulosa de los hechos pretéritos, íntimamente conectados a las horas que pasan.

En principio, es la imparcialidad la norma del buen historiador. Pero no siempre la logran los autores que se apasionan, noblemente, por un tema o por un personaje. La literatura universal se ha enriquecido con novelas históricas y con biografías noveladas que deshumanizan al héroe, elevándolo a regiones siderales. O que, por el contrario, se complacen en presentar al caudillo o al estadista por el lado de sus errores y debilidades. Se olvida que el hombre representativo —el hombre que ha torcido el curso de la historia— no ha menester que se le exageren sus atributos ni que se le disimulen o acrecienten sus defectos. Y que es el claroscuro lo que decide, en definitiva, de los retratos verdaderos.



Pensando, quizás, en las exageraciones de ciertos historiadores, Paul Valéry, gran poeta, doblado de filósofo, destila esta gota de ácido en un ensayo disolvente: "La historia —dice— es el producto más peligroso que la química del intelecto haya elaborado; sus propiedades son bien conocidas: hace soñar, embriaga a los pueblos, les engendra falsos recuerdos, exagera sus reflejos, mantiene sus viejos rencores, los atormenta en su reposo, los conduce al delirio de grandeza o al de la persecución, y vuelve a las naciones amargadas, orgullosas, insoportables y vanas"...

Ante todo, el historiador debe interpretar, debe comprender el fenómeno social, político o económico que suscita su curiosidad o su admiración. Esa es la única pasión que debe dominarlo; la que hace su labor tan compleja y difícil, como de tanta responsabilidad intelectual. De sus indagaciones del pasado no puede dar testimonio personal. Forzosamente habrá de consultar autores; cotejar documentos ya conocidos con otros nuevos que resulten en el curso de la investigación.

Un criterio, ya superado, atribuía al historiador la grave consigna de proferir la **ardua sentencia** sobre los hechos y las gentes del pasado, deduciendo saludables enseñanzas. Hoy no se le reconoce al historiador el papel de juez. La crítica contemporánea plantea, en cada caso, a la manera de Descartes, la **duda metódica**; analiza hechos, deduce probabilidades. Y ninguno de los estudiosos de la historia y de los hombres que le dan vida, podrían vanagloriarse de decir la última palabra.

\* \* \*

Con ocasión del quincuagésimo aniversario de la fundación de la Academia Colombiana de Historia se expidió la Ley 13 de 1948 que dispuso la elaboración y publicación de la **Historia extensa de Colombia**, que comprenda el desarrollo del país en sus aspectos sociales, políticos, económicos y culturales. Y encargó a la academia de realizar ese trascendental propósito.

Consideró el legislador que una obra de esa entidad —que necesariamente constaría de varios volúmenes— solo podría realizarse en equipo, con la colaboración de especialistas en los diversos períodos de la historiografía nacional.

La academia, dándose cuenta del honor que se le discernía y de su consiguiente responsabilidad, designó, de acuerdo con el señor ministro de Educación Nacional, al eminente historiador Luis Martínez Delgado, director-coordinador. Le correspondió al doctor Martínez Delgado obtener del Gobierno la expedición de los decretos que convirtieran en realidad la Ley 48; gestionar la inclusión en el presupuesto y obtener el pago de las sumas con que el Estado contribuye a la publicación de la **Historia extensa**; seleccionar los colaboradores de la misma; asegurarles, por medio de contratos, su remuneración; gestionar, primero en el exterior, y, luego, dentro del país, la publicación de ella. Y, finalmente, venciendo el natural escepticismo que esta clase de iniciativas despiertan entre nosotros, dio a conocer el plan general de la obra y sus proyecciones en la vida colombiana.



Constituyó, además, la academia una junta asesora del director-coordinador que, por su orden, han presidido sus presidentes, doctores Eduardo Santos y Bernardo J. Caycedo y el general Julio Londoño. De ella forman parte los académicos monseñor José Restrepo Posada, reverendo padre Félix Restrepo, Guillermo Hernández de Alba, Horacio Rodríguez Plata, Alberto Miramón. Dicha junta, asesorada por los académicos reverendo padre Félix Restrepo, Enrique Otero D'Costa (q.e.p.d.) y fray Alberto Lee López, elaboró el plan general de la **Historia extensa de Colombia**, que comprende:

1—**Prehistoria**—Etno-historia y arqueología - Lenguas y dialectos indígenas.

2—**Descubrimiento y conquista del Nuevo Reino de Granada**—Régimen de gobernadores - La Real Audiencia - Presidentes letrados - Presidentes de capa y espada, 1499-1750.

3—**Nuevo Reino de Granada**—El Virreinato, 1740-1810.

4—**La primera república**, 1810-1816.

5—**La reconquista española**—Invasión pacificadora - Régimen del terror - Mártires, conspiradores y guerrilleros, 1815-1817.

6—**La Gran Colombia**, 1819-1830.

7—**La Nueva Granada**, 1831-1858.

8—**Régimen federal**—Confederación Granadina - Estados Unidos de Colombia, 1858-1885.

9—**La República de Colombia**, 1885-1957.

Esta primera parte de la **Historia extensa**, que se refiere a la trayectoria institucional del país, consta de dieciocho volúmenes, y se honra, por su orden, con la siguiente ilustre nómina de colaboradores: Luis Duque Gómez, Sergio Elías Ortiz, Juan Friede, Manuel Lucena Salmoral, fray Alberto Lee López, José Manuel Pérez Ayala, Manuel José Forero, Oswaldo Díaz Díaz, Bernardo J. Caycedo, Alberto Miramón, Horacio Rodríguez Plata, Alvaro Copete Lizarralde.

Se inicia la segunda parte de la **Historia extensa** con el volumen **Integración del territorio colombiano**, del general Julio Londoño, actual presidente de la academia. El ingeniero Francisco Andrade, quien participó en varias comisiones de límites, ha escrito una obra trascendental: **La demarcación de las fronteras de Colombia**, ilustrada con mapas muy interesantes.

La **Historia eclesiástica** se ha confiado a eminentes figuras del clero nacional, socios de número de la academia: monseñor José Restrepo Posada, monseñor Mario Germán Romero, presbítero Rafael Gómez Hoyos, presbítero José Ignacio Perdomo, fray Alberto Lee López, fray José Abel Salazar, fray Alberto Ariza, reverendo padre José Rafael Arboleda, reverendo padre Juan Manuel Pacheco. Se inicia la **Historia eclesiástica** con la conquista espiritual de los aborígenes; posteriormente, la fundación de diócesis, arquidiócesis, seminarios y universidades; la Iglesia neogranadina; la Iglesia en la república.



El doctor Miguel Aguilera, destacado jurista e historiador, presenta el volumen **La legislación y el derecho en Colombia**. El académico Ramón Zapata, quien prolonga un apellido vinculado a la reforma de la enseñanza, escribe la **Historia de la educación**. Un antiguo funcionario de la Cancillería de San Carlos, Alberto Mirmón, prepara la **Historia diplomática**.

Como coordinadores para la elaboración de la **Historia militar** designó el Ministerio de Guerra a los académicos coroneles Guillermo Plazas Olarte, Leonidas Flórez Álvarez y el mayor Camilo Riaño.

Un intelectual y crítico, de brillante trayectoria, Javier Arango Ferrer, es el autor del volumen intitulado: **Raíz y desarrollo de la literatura colombiana**.

Un equipo de reconocido prestigio en las letras, las artes y la historia, que preside Guillermo Hernández de Alba, y que cuenta con la colaboración de Gabriel Giraldo Jaramillo, Luis Alberto Acuña, Santiago Sebastián, Carlos Arbeláez Camacho, Andrés Pardo Tovar, tiene a su cargo los volúmenes que tratarán de **Las artes en Colombia**, que incluyen: pintura, música, arquitectura, escultura, artes menores.

El doctor Abel Naranjo Villegas, ex-ministro de educación y actual decano de la Facultad de Derecho de la Universidad Nacional, es autor del denso estudio sobre **Morfología de la nación colombiana**. Y Jaime Jaramillo Uribe, joven sociólogo, aborda un tema trascendental: **Etapas de la cultura colombiana**. Finalmente, Abel Cruz Santos ha escrito sobre **Economía y hacienda pública**, desde los aborígenes hasta la república unitaria.

La Academia Colombiana de Historia, bajo la presidencia del doctor Bernardo J. Caycedo, contrató con Ediciones Lerner la impresión de la **Historia extensa de Colombia**, que constará, aproximadamente de treinta y cuatro volúmenes, de los cuales entregará los diez primeros en octubre venidero. Esa editorial, ampliamente conocida en el país, por haberse vinculado a la divulgación de las obras de eminentes juristas colombianos y de las ciencias médicas nacionales, cuenta con agencias de distribución en el exterior. Y ha puesto especial esmero en la elaboración de la obra que será, sin duda, la más alta muestra de la moderna técnica editorial en Colombia.

\* \* \*

La unidad de la **Historia extensa de Colombia** consta en el plan que se deja apenas esbozado. No es la obra de un solo hombre, ni podría serlo. Como en la ciencia y en el arte, también en la historia se impone la especialización. Entre los muchos ejemplos que se podrían mencionar, están los famosos **legados** de la Universidad de Oxford, en los cuales destacados profesores estudian la contribución de las antiguas culturas de Grecia, Roma, Egipto, la India a la cultura del siglo XX.

Tampoco se podrían descartar las inevitables discrepancias que se observarán entre los colaboradores de la **Historia extensa** en la apreciación de hechos y figuras de la vida colombiana. Se consideran convenientes



esas diferencias de criterio, a fin de que el lector pueda apreciar libremente los diversos fenómenos sociales, políticos, económicos, y formar su propio juicio.

Y es apenas natural que la **Historia extensa de Colombia** refleje los dos métodos que se han expuesto a propósito del que se adopte para escribirla. Los que no aceptan la **historia heroica**, que exagera, según ellos, la importancia del héroe. Exigen, ante todo, riguroso análisis, desprovisto de toda preocupación nacionalista. Y los que piensan que la historia no es solo compilación de fechas y documentos, sino comprensiva interpretación de ellos. Que les infunde vida al relacionarlos con la época, el lugar y el hombre que los produjo.

José Ortega y Gasset al prologar la traducción al castellano de la **Filosofía de la historia**, de Hegel, llega a conclusiones de gran valor conceptual: "La historia no es manipulación sino descubrimiento de realidades. Por eso tiene que partir de la realidad misma y mantenerse en contacto ininterrumpido con ella, en actos de comprensión y no simplemente en operaciones mecánicas que sustituyen aquella. La historia, si quiere conquistar el título de verdadera ciencia, se encuentra ante la necesidad de superar la mecanización de su trabajo, situando en la periferia de sí misma todas las técnicas y especializaciones. Los datos son síntomas o manifestaciones de la realidad, y son dados a alguien para algo. Ese alguien es, en este caso, el verdadero historiador".

Quienes, en mayor o menor escala, hemos colaborado en la **Historia extensa de Colombia**, entregamos respetuosamente a las actuales y a las venideras generaciones de la patria esta obra de buena fe. Los errores en que, humanamente, hayamos podido incurrir brindarán oportunidad al historiador del futuro para proseguir en la búsqueda interminable de la verdad.